



Vida y hazañas

DE

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

(Continuación)

Cuando se conoce el estado de ánimo en que entónces se hallaba Vasco Núñez, que es el que en las páginas anteriores se ha tratado de poner en relieve, no parece extraño que «estas y otras noticias le colmasen de placer», como dice Washington Irving. «Inmediatamente escojió ciento treinta hombres bien armados, y partió con ellos en dirección a Coiba. El cacique recibió a los españoles en su domicilio con la acostumbrada hospitalidad de esos salvajes, dándoles de comer y de beber y de cuanto tenía en su casa». Pero Balboa necesitaba provisiones: no las había suficientes en la colonia, y aún más escaseando como ántes, era de urgencia obtenerlas por bien o por mal, como condicion de vida.

Pidióselas Balboa a Cáreta, que así se llamaba el cacique de Coiba; pero éste le contestó que «cuantas veces habían los extranjeros pasado por su tierra, tantas les había provisto de los bastimentos que necesitaban; mas, que a la sazón nada podía dar por la guerra en que se hallaba con Ponca, un cacique vecino suyo; que nada había sembrado, nada cogido, y estaba por consiguiente tan menesteroso como ellos» (1).

Consultó Vasco Núñez a los dos españoles que habían sido huéspedes de Cáreta y, convencido por ellos de que existía una multitud de provisiones almacenadas en secreto y de que, en vista del ejército de dos mil hombres que aquel señor indígena tenía a sus órdenes, lo mejor era fingir el regreso a Darién y caer en la noche y de sorpresa sobre la población de Cáreta,—dijo adiós al cacique y salió con rumbo a La Antigua. Pero, en conformidad al plan, «a la media noche revolvió sobre el pueblo, dice Quintana, arrolló y mató cuanto se le puso delante, hizo presa del cacique y de su familia, y cargando en los bergantines cuantas provisiones había en el lugar, lo llevó todo a Darién».

Apesar de que Balboa en ningún momento trató mal a Cáreta, éste, viéndose en cautividad junto con su familia y gran parte de sus súbditos, le dijo con tono de desesperación: «¿Qué te he hecho para que me trates tan cruelmente? ¿He salido acaso a recibirte con el dardo en la mano? Déjame libre con mi familia y mis súbditos, y seremos amigos: yo te suministraré las provisiones que necesitas y te revelaré los tesoros que hay en mi país. ¿Dudas de mi fé? Toma mi hija: te la dejo en prenda de mi amistad; hazla tu mujer, y vive seguro de la fidelidad de su familia y de su pueblo» (2).

Vasco Núñez, que no quería otra cosa, sino amistad de los naturales del país y abundantes provisiones, aceptó en el acto lo propuesto, y fué siempre fiel a esa alianza, «contribu-

(1) Quintana, «Vida de españoles célebres».

(2) Irving, «Los compañeros de Colon».

yendo a decidirlo la cautiva doncella, agrega Irving, porque le agradó el aire tímido y abatido con que estaba delante de él, y era además jóven y hermosa.

Luego después, considerándose aliado de Cáreta y, por tanto, enemigo de Ponca, con quien aquél estaba en guerra, Vasco Núñez tomó ochenta hombres y se dirigió contra él. Ponca huyó a refugiarse en las montañas, y los invasores pudieron fácilmente entregarse al saqueo de sus tierras y pueblos y recoger un botín considerable.

Volvió entónces a Darién, y se hizo acompañar de Cáreta, a fin de mostrarle el establecimiento de La Antigua y darle pruebas de su poder de aliado y de su fineza de amigo. Cáreta permaneció tres días en la ciudad, durante los cuales fué tratado con toda afabilidad: Balboa lo llevó a bordo, le mostró los caballos de batalla, le hizo oír disparos de artillería y «para indemnizarle del susto ocasionado por todos estos aparatos de guerra, agrega el historiador antecitado, mandó a los músicos que tocasen algunas armonías, con lo que la admiración del cacique llegó a su colmo». Finalmente, le obsequió una multitud de bagatelas y le dejó marcharse a todas luces feliz.

Era también vecino de Cáreta un cacique llamado Comagre, jefe de más de tres mil hombres de pelea. Seguramente en casa del primero, manifestó Balboa sus deseos de ser amigo de tan respetable señor indígena y encargó a un indio principal, deudo de su aliado, que le procurase ese acercamiento porque, poco después, con esa mediación, supo Vasco Núñez que Comagre deseaba conocer y tratar a los españoles.

Se dirigió entónces a tierras de ese cacique en visita de amistad, y, anunciada su cercanía, fué recibido gentilmente. Seguido de sus mujeres, hijos y principales súbditos, el cacique adelantó el camino a fin de darle su cordial bienvenida; llevó después a los españoles a su población, y les dió los mejores alojamientos de que disponía y abundantes provisiones y criados de ámbos sexos. Por de pronto, do

que más llamó la atención, dice Quintana, fué la habitación de Comagre, que, según las memorias del tiempo, era un edificio de ciento y cincuenta pasos de largo y ochenta de ancho, fundado sobre postes gruesos, cercado de un muro de piedra, y en lo alto un zaquizamí de madera vistoso y bien labrado. Dividíase en diferentes compartimentos, tenía sus despensas, sus bodegas y su panteon para los muertos, puesto que allí fué donde los españoles vieron por primera vez secos y colgados los cadáveres de los abuelos del cacique».

Fué también en casa de este cacique donde Vasco Núñez obtuvo las primeras vagas noticias de la existencia de un gran mar, situado al sur de las montañas y no muy distante del mar Océano.

Comagre no solo se había limitado a agasajar a sus huéspedes, sino que les había obsequiado una no despreciable cantidad de oro. A propósito del reparto de ese metal, los españoles discutían con harto acaloramiento en presencia del hijo mayor del cacique, y de tal manera, que estaban a punto de irse a las manos.

Extrañóse el indio de que esos hombres que él creía superiores a su propia raza, se insultasen y amenazasen por tal motivo, y, sin poderse contener, dió un recio golpe a la balanza en que pesaban el oro y con acento de reproche les dijo: «¿A qué disputais por tal bagatela? Si es tanta vuestra ansia de oro, que por ella desamparais vuestra tierra y venís a inquietar las ajenas, provincia os mostraré donde podáis a manos llenas contentar ese deseo. Mirad esas altas montañas que se yerguen al sur: al otro lado se extiende un gran mar en que navega una nación poderosa en barcas a vela y remo, poco menores que las vuestras; y esta gente es tan rica, que come y bebe en vasos hechos de ese metal que tanto codiciáis. Más, para llegar allá os conviene ser más en número de los que venís, porque tendréis que pelear con jefes temibles, que defenderán vigorosamente sus dominios».

Gesto de encanto y ávida curiosidad produjeron estas palabras en todos los circunstantes, y ansias de caminar lo más

pronto posible hacía esas regiones que Balboa creyó a punto fijo no eran otras que las del rico imperio de Cipango, ya que nadie dudaba todavía de que las tierras descubiertas por Colón no eran sino el comienzo del Asia maravillosa. Mil y una preguntas hicieron para aclarar aquellos datos; pero no consiguieron sino confirmarse en los mismos, y que el noble indígena se les ofreciese para servirles de guía y pusiese su vida en prenda de la verdad de sus palabras.

La nación poderosa a que se refería el hijo de Comagre era el imperio del Perú, y el mar, el Océano Pacífico; pero, como queda dicho, Vasco Núñez se creyó en las cercanías de la India Oriental, «que era el objeto deseado del Gobierno y de los descubridores de entónces», y determinó regresar en el acto a La Antigua «con el objeto de comunicar a sus compañeros tan grandes esperanzas y de hacer los preparativos necesarios para realizarlas» (1).

A poco de llegar a la ciudad, fondeó la nave en que volvía el emisario enviado ante don Diego Colón, pero sin más provisiones que las que podía contener su pequeña carabela, las cuales pronto se agotaron.

A pesar de los mantenimientos recogidos en las «entradas» más atrás descritas, la escasez de éstos y la de otros recursos continuó agravándose por efectos de un furioso temporal y de avenidas que arrasaron con todos los plantíos, por lo cual Vasco Núñez hizo acuerdo de enviar segunda vez al mismo emisario a la Española con el objeto de hacer saber al Almirante Colón las noticias que del Mar del Sur y de sus riquezas había obtenido, y sobre todo, con el objeto de obtener mas víveres y hombres.

Llevó ese enviado quince mil pesos de oro correspondientes al quinto del Rey y el encargo de pedir los mil hombres que necesitaba para la expedición de descubrimiento de ese mar y «para sostenerse, dice Quintana, sin necesidad de ester-

(1) Quintana.—Obra ya citada.

minar las tribus y caciques, pues de otro modo, siendo tan pocos sus soldados), les era preciso, si no querían perecer, asolar y matar cuanto no se les sometiese».



CAPITULO VI

Expedición de Vasco Núñez a Dobaiba.—Nuevas escaseces de la colonia.

—Se nombra a Colmenares y Caicedo en comisión a la Corte.—Balboa castiga a los indios complotados en su contra y a algunos españoles levantiscos.

Mientras esperaba el resultado de la referida comisión, Vasco Núñez, inquieto como era, y ávido de conocerlos que él llamaba «secretos de la tierra», emprendió una excursión a Dobaiba, provincia situada a orillas del Atrato y distante cuarenta leguas, mas o ménos, de La Antigua.

Era Dobaiba una tierra de leyenda oriental. Su nombre derivaba del de una mujer poderosa que creó el sol, la luna, y todas las cosas buenas, y a cuya voz descendían el rayo, el trueno y la devastación, si era ofendida. El templo erigido para su adoración era magnífico vaso en que se escanciaban las ofrendas de los caciques más apartados, y como éstas eran casi siempre preciosas, se suponía que el templo estaba lleno de riquezas considerables. Ese templo y las famosas minas de Dobaiba tenían, pues, una atracción irresistible para los conquistadores, velados como estaban uno y otras por mil y una fantasías que se trasmitían de boca en boca con un acento de certidumbre que convencía a todo el mundo. Se

decía que los grandes murciélagos de la región eran potentes i sanguinarios como los vampiros; que en sus aguas había caimanes terribles, dragones en las selvas, dos mostruosas harpías con cara de mujer y garras y alas de águila, etc. Pero, por sobre todas estas fantasías espeluznantes, estaba la realidad, no ménos temible que ellas.

Los salvajes que poblaban la tierra eran valientes y diestros en la lid; los pantanos y miasmas infestaban al país a la vez que lo poblaban de formidables reptiles de toda clase; nubes de mosquitos llenaban el aire; todo, en fin, en la naturaleza, concurría a hacer difícil una exploración fructífera y, por lo mismo, a tentar el espíritu aventurero de los españoles. Penetrar siquiera en el territorio de Dobaiba, apoderarse si posible fuese, del templo de oro y de las minas, era una empresa digna de ellos.

Vasco Núñez escogió ciento setenta hombres de los más atrevidos y valientes: se embarcó con ellos en dos bergantines y algunas canoas y, después de recorrer nueve leguas hácia el oriente, llegó al río que llamó Grande de San Juan, y que no era sino un brazo del Atrato, lo mismo que el Darién. Destacó a Colmenares con un tercio de las fuerzas en comisión de reconocimiento a lo largo de la corriente principal del río, y él, con el resto, se puso a remontar otro brazo que le dijieron bajaba de Dobaiba.

Pero el cacique Cemaco habia descubierto el objeto de la expedición y tomado todas las medidas posible para contrariarlas: puso en conocimiento del cacique de Dobaiba que los españoles vendrían contra él; le convenció de la necesidad de retirarse al interior cuando éstos se acercasen, y del valor guerrero que tendria el hecho de dejarles el país absolutamente desierto, ojalá sin un árbol que les diese sombra.

Así fué que Vasco Núñez no halló en su marcha al interior sino pueblos desolados y pantanos, ni un solo indio, ni un solo grano de maiz que dijese siquiera que la mano dueña de las armas abandonadas aquí o allá, habia sembrado una cuarta de tierra...

Desalentado y sin guías, no creyó Balboa que hubiese otra cosa que hacer sino regresar al golfo de Urabá, donde por desgracia, una tempestad malogró todo el botín que en dos canoas recojió en el camino, y le hirió con la pérdida de cuantos hombres iban en ellas.

Siguió entonces río arriba, por donde Colmenares lo había hecho, y, una vez junto a éste, se dedicó a reconocer los afluentes del Río Grande de San Juan.

En uno de estos reconocimientos, los españoles llegaron a tierras de Abibeiba; cacique señor de un curiosísimo pueblo construido entre las ramas de altos y corpulentos árboles, con casas capaces de contener a toda una familia. Los indios subían a sus habitaciones por medio de escalas de caña que ellos retiraban de noche, a fin de evitar sorpresas. En sus piezas conservaban abundantes provisiones, y nada les faltaba.

Cuando desde sus empinadas mansiones vieron los indios a los invasores, llamaron a los suyos a refugiarse en ellas, y quitaron inmediatamente las escalas.

Suplicáronles los españoles que bajasen; pero los indios, más prudentes que el cuervo ante el zorro de la fábula, no quisieron rendirse a las dulzuras de la súplica y resistieron toda insinuación. Los recién llegados, sin embargo, eran bastante ejecutivos: «o bajan o hachamos los árboles que sostienen vuestras casas», agregaron; mas, apenas lanzado ese ultimatum, sintieron tal granizada de piedras sobre sus personas, que hubieron de parapetarse en sus escudos y así empezar el hacheo de los árboles.

Ante tal procedimiento, luego capitularon los indígenas. Bajó el cacique y, en vista de la petición de oro que se le hizo, dijo no poseer ni un grano, pero sí saber dónde abundaba y cómo obtenerlo. Se le permitió ir a donde decía, dejando en rehenes a su mujer e hijos; más no volvió ni tarde ni nunca.

Después de algunos días de permanencia en esos parajes, días aprovechados en el reconocimiento de otras muchas po-

blaciones y en la recolección de provisiones, Vasco Núñez regresó a Darién. Un piquete de treinta soldados al mando de Bartolomé Hurtado quedaba a sus espaldas con el objeto de mantener sumiso el país. Pero los indios no convenían todavía en reconocer el señorío de los españoles. Los cinco régu-los de las regiones recién exploradas formaron una confederación y se dispusieron a caer de sorpresa sobre la colonia, haciendo uso de todas sus fuerzas militares. Supo Balboa la organización de ese complot—que tenía la agravante de que uno de sus jefes, el cacique Cemaco, había tratado de dar muerte a traición al de los hispanos—y se propuso ganar la delantera.

«Marchó por tierra con sesenta hombres, dice Quintana, y Colmenares por agua con otros tantos, a sorprender a sus enemigos. Balboa no halló a Cemaco donde pensaba, y sí sólo a un pariente suyo con unos pocos indios, que se traio prisioneros al Darién. Colmenares fué más feliz, porque sorprendió a los salvajes en Tichiri, cojió allá al caudillo nombrado para la empresa, con otros indios principales y mucha gente inferior. Perdonó a la muchedumbre, pero a su vista hizo azaetear al general y ahorcar a los señores, quedando los indios tan escarmentados con este castigo, que no osaron en adelante levantar el pensamiento de la independencia».

Antes de tomar estas severas medidas, de seguro previstas por Balboa y su teniente, aquél debe de haber estudiado muy bien el caso. Iria en contra de sus propias doctrinas de conquistador avisado y concienzudo; pero veía que, en este caso, esas doctrinas cubrirían el arma precisamente destinada a matarle: era preciso ser enérgico y rudo, y a la vez ahorrarse la sangre enemiga que, al fin, hervía noblemente por amor a la tierra de sus mayores y al solar de sus hijos.

Producidos estos sucesos, los conquistadores, ya de regreso en La Antigua, sintieron de nuevo la falta de recursos. Miétras exploraban la comarca vírgen, no se habían percatado de cuanto carecían, y solo en la pazciudadana se veían.

menesterosos: como los Primeros Padres, después de rasgar un giron de lo desconocido reparaban en sus desnudeces.

Nada se sabia del naufragio que había puesto trágico término a la segunda comisión enviada ante don Diego Colon, y bajo el apremio de las necesidades, pareció una temeridad entregarse únicamente a esperar sus resultados. Durante varios días se reunió el Cabildo con el objeto de estudiar la situación, sin que se produjese acuerdo acerca de las personas que irian a la Corte, como delegados o procuradores de la ciudad, a representar esas necesidades.

Vasco Núñez queria ir él mismo en persona, seguramente para acabar de una vez con las inculpaciones—que era de suponerlo—le hacia Enciso en España; però hubo de renunciar a ese propósito; los demas españoles conocian a su jefe lo bastante para estar en lo justo al tenerle por irremplazable en el mando y decir que sin él quedarían desamparados.

Por fin, recayó la elección en Juan de Caicedo y Diego de Colmenares, sin que Vasco Núñez tuviese no se sabe si la fuerza o la previsión necesarias para impedir el nombramiento de este último, ya que debió haber comprendido que Colmenares no sentía gran simpatía por él y haber pensado que quien llegó por jefe y se veía entonces en puesto secundario, algún resentimiento había de tenerle, como, en efecto, sucesos posteriores se encargarían de ponerlo en evidencia. En prenda de regreso y de interés por las cosas de la Colonia, Caicedo dejó su mujer y Colmenares sus bienes.

Fuera del encargo determinante de su viaje, los procuradores llevaron un rico presente de oro, esclavos y alhajas con destino al Tesorero Pasamonte, cuya poderosa voluntad se inclinaba por entonces a favor de Enciso, y para el Rey, el quinto de la Corona y un donativo no despreciable.

Sucedió a la partida de los procuradores un disturbio que, por un momento, tomó cuerpo y pareció amenazar la autoridad de Balboa; pero que pronto fué sofocado con habilidad y energía.

Gonzalo de Badajoz, ex-teniente de Nicuesa; el Bachiller .

Corral designado por Balboa como su subrogante en los casos de «entrada»; Luis de Mercado y un escribano que, según muy atendibles razones del concienzudo historiador del Descubrimiento del Mar del Sur, señor J. T. Medina, era posiblemente Francisco Benítez, quien en cierta ocasión había sido azotado por orden de Balboa y sería después notario de Acla y acusador de éste,—reclamaban su parte en unos diez mil pesos recogidos en las incursiones al país, y, después de fracasar en su demanda ante éste, trataron de sorprenderle y apresarle.

Llegados estos rumores a oídos de Balboa, pretextó salir de caza con el objeto de dejar la ciudad en manos de los levantiscos. Conocedor de su gente, no dudó un momento de que los promotores del motín en gestación se conducirían tan mal que, fastidiando a todos, serían pronto llamados a cuentas y no tendrían el apoyo de nadie.

Y así fué, efectivamente. Noticiado de que ya pasaba lo previsto, Vasco Núñez regresó a la Antigua, hizo aprehender a los insolentados, y en una jaula los expuso al público. Nadie habló a su favor: todos los ciudadanos reprobaban sus malos manejos, y eso a pesar de que la colonia atravesaba una vez más por agudas escaseces y la ocasión era, por tanto, propicia para que el gobernador de hecho tuviese en su contra a esa especie de enemigos común a todos los tiempos: la de aquellos que brotan contra la autoridad cuando, por causas absolutamente ajenas a la previsión humana, o por efectos de una culpa común a todos los ciudadanos, las necesidades se han hecho más sensibles y extensas, y los medios de satisfacerlas, ménos abundantes.

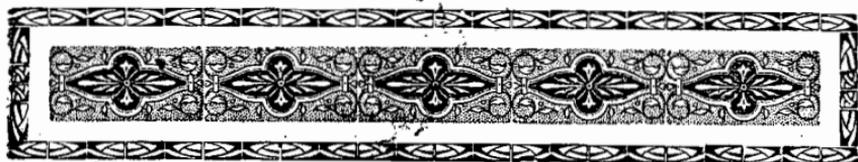
Por suerte para todos, la vía crucis llegaba ya a en fin: dos navíos al mando de Cristóbal Serrano, cargados de bastimentos y de ciento cincuenta hombres de guerra, fondeaban en Darién a principios de 1513.

No es para contado el gozo que este arribo produjo entre los habitantes de La Antigua, y en Balboa más que en nin-

gún otro, ya que el Tesorero Pasamonte le enviaba el título de Gobernador de Tierra Firme, tan deseado por él.

Este título vino, naturalmente, a ser sólido fundamento del prestigio que ya bien ganado se tenía Vasco Nuñez y, por otra parte, a darle ciertos humos que en una ocasión le obligaron a encarcelar a su propio confesor, el clérigo Pedro Sanchez, sin más ni más que por no haberse quitado el bonete al pasar frente a él...

Era ya Capitán General: con gesto principesco podía humillar a algunos, y perdonar a otros bondadosamente, como lo hizo desde luego con los que poco ántes, alzándose en motín, habían querido desplazarle.



CAPITULO VII.

La querrela de Enciso en la Corte.—Zamudio informa a Vasco Núñez acerca de lo proveído.—Decisión que éste toma en vista de esas noticias.—En marcha hácia el Mar del Sur.

La paz reinaba en la colonia desde el otorgamiento del título referido y de la llegada de los víveres. Sólo Balboa parece que estaba condenado a no vivir en paz.

Precisamente se ocupaba en los preparativos de nuevas expediciones cuando recibió una carta que Zamudio, su colega de Alcaldía, le escribía desde España. Decíale que la Corte estaba muy indignada contra él (contra Vasco) a causa de las quejas de Enciso y de los primeros informes de Pasamonte; que se le trataba de usurpador y de intruso; que se le hacía responsable de los daños sufridos por su acusador; que pronto se despacharía una carta ejecutoria contra el Cabildo de la Antigua y, finalmente, que en breve recibiría orden de volverse a España con el objeto de dar cuenta de su conducta.

En efecto, Enciso había obtenido una completa reparación de los agravios de que se quejaba, consistente en indemnizaciones pecuniarias y en el anuncio de algunas mercedes. Pero, no contento con eso, había además acusado a Vasco

Núñez de despotismo y de ser causante de la muerte de Nicuesa, en todo lo cual procedía apoyado por el tristemente célebre obispo Rodríguez de Fonseca, el implacable enemigo de Colón.

Ante estas noticias, Vasco Núñez pensó que no tenía sino un camino que seguir: armar y proveer un cuerpo expedicionario, ponerse cuanto ántes en marcha hácia el soñado Mar del Sur y descubrirlo, en fin, por gloria y por fortuna y en ofrenda al Rey, que aquilataría sus hazañas magníficas al escuchar los cargos que le hacía su despechado rival.

En carta que escribió al Rey después de noticiarse en casa de Comagre, Vasco Núñez, siguiendo acaso los consejos del hijo del cacique, había hecho varias peticiones, casi todas encaminadas a abreviar el descubrimiento del rico mar anunciado.

«Lo principal, es menester, decía, que vengan mil hombrse de los de la Española, *porque los que agora viniesen de Castilla no valdrían mucho hasta que se ficiesen a la tierra. . . .*; mandar proveer que esta tierra por el presente se provea de bastimentos por manos de vuestra muy R. A., *y en esto se harán dos cosas, una ganarse han muchos dineros en las mercaderías, y la otra principal es que, estando la tierra proveída de bastimentos, se podrán hacer e descubrir grandes cosas y en mucha cantidad de riquezas*; y juntamente se ha de proveer que a la continua haya mucho adrezo (aderezo) para hacer navíos pequeños para ríos (.) la pez y clavazón y velas y jarcias sobradas; ha de mandar vuestra muy R. A. que se trayan doscientas ballestas fechizas. . . . y que no sean más de fasta dos libras, *e en ellas se ganarán dineros* porque cada uno de los que acá están, huelgan de tener una ballesta, y dos, porque demás de ser armas muy buenas para contra los indios, *mantienen mucho de aves y caza los que las pueden tener,* etc.

Hablaba también en esa carta, entre muchas indicaciones de buen gobierno y de conquista, de cómo había cumplido las instrucciones reales relativas a los compañeros de Nicue-

sa y de la amistosa acogida de que fueron objeto en La Antigua; de las penalidades porque estos y los soldados de Ojeda habían tenido que pasar; de las muchas minas de oro en punto de explotación; del descubrimiento de veinte ríos; de los fabulosos tesoros de Dobaiba, «poseedor de piezas de oro que un solo hombre no podría cargar»; de las maneras usadas para obtener el oro; etc., etc.

En cuanto al Mar del Sur, agregaba: *Dicenme que la otra mar es muy buena para navegar en canoas porque está muy mansa a la continua, que nunca anda brava* como la mar de la otra banda».

Y, finalmente, como para obtener la seguridad de ser él quien descubriese ese mar, él quien llevase la administración de la colonia por el mejor camino, decía el Rey Fernando: «Déjeme V. A. el cargo, que yo tengo tanta confianza en la misericordia de Nuestro Señor, que me sabré dar buena maña e industria con que lo traya todo a buen estado; y, cuando esto no hiciese, no tengo mejor prenda que mí cabeza, que pongo por prenda».

Se ve en las primeras líneas reproducidas, cómo Vasco Núñez trataba de interesar al Rey por todos los medios posibles, ya por la esperanza de riquezas que el mar pudiera contener, ya por la expectativa de negocios seguros para la Hacienda.

Mas, esperar el envío de cuanto solicitó en esa carta, le pareció esperar su propia perdición una vez que se impuso del comunicado de Zamudio. Se ponía en el caso de que le llamasen desde España—como éste se lo decía—y temía que, mientras él estuviese allá, otro capitán, acaso el mismo Enciso, se aprovechase de las noticias por él recogidas y de los trabajos por él sufridos, y descubriese el mar aquél, el imperio riquísimo, todo... Tentar la empresa, aún careciendo de la cuantía de recursos que había solicitado, le parecía, pues, que era, como buscar algo a que tenía pleno y legítimo derecho, y como acallar a sus enemigos.

Sin embargo, en justicia absoluta, es preciso reconocer que en Balboa había germinado la idea de su mayor descubrimiento con los caracteres de un romanticismo no común entre los demás conquistadores. En diversos detalles, se ve que perseguía en mucho la austera ilusión de la gloria. Al caminar hácia horizontes ignorados que, uno a uno, se iban describiendo hasta confundirse el último con el inmenso torso de olas,—tuvo élla la conciencia de alcanzar algo más grande que la remisión de una pena, como sostienen algunos historiadores, ya que íntimamente no creía ser reo de culpa alguna y sí estar destinado a llevar a buen término las cosas como ningún otro conquistador. Sólo así se explica, por otra parte, el emocionante arrobamiento en que cayó cuando pudo admirar la tan esperada realización de su empresa admirable.

Con ciento noventa españoles, cerca de mil indios y algunos perros de pelea, partió Vasco Núñez el 1.º de Setiembre de 1513 en un galeón y diez canoas hácia tierras de Cáreta, adonde llegó después de cuatro días de viaje. Desembarcó en el lugar en que después se fundaría la ciudad de Acla y, pasados algunos días, decidió dejar en la costa a algunos españoles a cargo de las naves y seguir él adelante con el resto los y indios que su aliado le proporcionó.

El 8 de Setiembre llegó a tierras de Ponca, su antiguo adversario. Huyó el cacique apenas supo la proximidad de los españoles; pero Balboa envió hácia él algunos emisarios indígenas en misión de avenimiento y de concordia. Quería asegurarse las espaldas con esa amistad: era ése un recurso elemental de buena política y no se le escapó. Cedió el cacique a las buenas palabras y se presentó ante Balboa con un regalo de más de cien pesos oro, y éste le correspondió con el de algunas camisas, hachas y cuentas de vidrio con que el indio se sintió más feliz que nadie.

Seguro ya de la lealtad de Ponca, quien le aclaró algunos «secretos de la tierra» y le confirmó las noticias acerca del

Mar del Sur, Balboa dejó a su cuidado diez soldados enfermos y siguió su camino el 20 del mes citado.

Habían recorrido los conquistadores unas diez leguas a partir de las casas de Ponca, cuando el cacique Torecha les salió al encuentro en són de guerra, intimándoles su inmediato retiro de esos lugares. Con unos cuantos disparos, la consiguiente carga a mano armada y el aullido y persecucion de los perros, pusieron pronto en fuga a los arrogantes soldados de Torecha, quienes abandonaron más de seiscientos muertos en el campo, y su pueblo al saqueo de los vencedores. Fué en éste donde los españoles recojieron una vez más algún oro y perlas mal trabajadas que Vasco Núñez distribuyó como siempre equitativamente entre todos, previa deducción del quinto de la Corona, y «encontraron a un hermano del cacique y a otros indios vestidos de mujeres y empleados en el uso inmundo (la pederastia). Cincuenta fueron los que en este traje y por esta causa fueron abandonados a los alanos, que los hicieron en un instante pedazos con gran satisfacción de los salvajes, los cuales, según se cuenta, traían desde lejos al castigo a otros muchos miserables de aquella especie. Debió la tierra, con estos ejemplares castigos, quedar tan pacífica y sumisa, que Balboa dejó en ella (otros) enfermos que traía, despidió los guías que le dió Ponca, y tomando allí otros nuevos, siguió su rumbo hacia las cumbres.» (1)

Con los sesenta españoles sanos que le quedaban y su cortejo de indios, Vasco Núñez salió del pueblo de Torecha el 25 de Septiembre de 1493, cuando el sol apenas se divisaba en el oriente. No había sido hasta ahí rápido el avance desde la Antigua; pero, en fin, la naturaleza excusaba esa tardanza, como que ella la imponía. «La lengua de tierra que divide las dos Américas, no tiene en su mayor anchura arriba de diez y ocho leguas, y en algunos parajes se estrecha hasta solas siete». (2) Más, hay que parar mientes en que «la gran cordillera de sierras que atraviesa todo el continente

(1) Quintana, obra citada.

(2) Id.

nuevo y le sirve de reparo contra los embates del océano Pacífico, atraviesa también el istmo de Darién, o más bien le compone ella sola con las fragosas cimas que han podido salvarse del naufragio de las tierras adyacentes».

«Tenían, pues, los descubridores que abrirse camino por entre dificultades y peligros, que sólo aquellos hombres de hierro podían arrostrar y vencer».



CAPITULO VIII

DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

Caballerescas ceremonias a que da lugar.—Actitudes admirables de Vasco Núñez de Balboa.

Estaba ya alto el sol de aquel día, que lo era también de la gloria de Vasco Núñez, cuando los Conquistadores terminaron la travesía de los bosques y salieron a las cimas desnudas. Poco les faltaba para hollar las cumbres mismas; pero los guías indígenas avanzados podían ya ver el océano.

Volviéronse estos a Balboa y aparte le dijeron: «Desde aquella alta cumbre cercana, señor, ya se vé el mar...»

Una corazónada de júbilo sacudió a Vasco Nuñez. Mandó hacer alto, y subió él solo a la cumbre indicada.

Ante el inmenso océano a la vista, permaneció estático durante largos minutos. Allí, en la contemplación de lo infinito, como todos los hombres, comprendía casi inconscientemente la también infinita pequeñez humana: un silencio de adoración se imponía a su espíritu; una palabra de gratitud al Sér Supremo se estremecía en sus labios torpes de emoción, y así, arrodillándose humildemente ante el espectáculo sublime de aquel paisaje vírgen, rindió gracias a Dios por ha-

berle deparado la gloria de llevar a cabo tan gran descubrimiento.

Llamó entonces a los demás a participar del encanto que él experimentaba aún y les dijo estas palabras en que hay rudeza de soldado y sentimiento a manos llenas:—«Venid, amigos míos, a gozar de la encantadora vista porque tanto hemos suspirado: demos gracias al Omnipotente, que nos ha dejado lograr el fin de nuestros afanes, concediéndonos el honor y las ventajas de ser los primeros que contemplemos región tan magnífica; dirijámosle nuestras preces para que nos ayude en la empresa de conquistar ese mar y esas tierras, que no ha pisado jamás planta cristiana, ni oído nunca las salvadoras doctrinas del Evangelio.—En cuanto a vosotros, si me guardáis la fidelidad que hasta aquí, con el favor de Dios os prometo que llegaréis a ser los españoles más ricos que han visitado el territorio de las Indias. *Nunca vasallo sirvió a su señor como vosotros serviréis al Rey, y os cabrá la eterna gloria y disfrutaréis de los beneficios consiguientes al mérito de haber descubierto, conquistado y convertido a fé católica tan espléndidos países*». (1)

Verdad que la belleza del paisaje era para mover a admiración aún a aquellos corazones rudos de batallar. «Una vasta confusión de rocas y florestas, de verdes sábanas y ríos poderosos, se extendía a sus plantas, mientras que a lo léjos resplandecían las aguas del océano prometido, heridas por los rayos del sol de la mañana.» (2)

Acto continuo, los españoles respondieron a aquellas palabras abrazando a su capitán y prometiéndole no abandonarle en su vida; y «el sacerdote Andrés de Vera, elevando su voz al Eterno, entonó un solemne *TE DEUM LAUDAMUS*, acostumbrada antifona que cantaban los españoles descubridores. Los demás se hincaron de rodillas, juntando las manos con piadoso entusiasmo y lágrimas de júbilo».

(1) Irving.

(2) Irving, obra citada

¡Quién sabe qué locas situaciones de grandeza, qué países de ensueño vislumbraban esos hombres a través de aquel infinito cristal espejeante, bañado de sol! Su fantasía en exaltación—fantasía atávica en la raza—debió haber construido en esos momentos, más allá del horizonte, magníficos palacios de oro y de piedras preciosas, ciudades deslumbrantes de una riqueza nunca vista, pueblos que someter a la fe de las Españas... , y luego, mostrarles todo eso conquistado, sometido para siempre a la bandera de Castilla que, al viento, como un ala en vuelo, pareciese indicar ánsias de «más allá».

Después de la formalidad referida, los descubridores cortaron algunos árboles e hicieron una gran cruz que emplazaron en la cima desde la cual habían visto el mar por vez primera, y en los troncos vecinos grabaron los nombres de los Reyes de Castilla entre sendas cruces simbólicas.

Este memorable acontecimiento se verificó el 26 de Septiembre de 1513, y consta de un acta autorizada por el escribano Valderrábano. «E digo que son—testifica éste—por todos sesenta y siete hombres estos primeros chripstianos que vieron la Mar del Sur, con los cuales yo me hallé e cuento por uno de ellos.»

Con este documento levantado sobre el terreno, se puso término a las primeras demostraciones de ingenua admiración en que cayeron los conquistadores ante el mar recién descubierto, y Balboa más que todos.

Demás está decir que los indios que les acompañaban, no acertaban a comprender la causa de tanta actitud de júbilo. Seguramente, más de alguno de ellos se los imaginó locos de atar, y todos se divertían de la seriedad con que esos extranjeros admiraban la naturaleza que ente ellos se desplegaba en valles y colinas, en rocas y olas admirables.

Algunas horas después de las ceremonias de descubrimiento, los españoles comenzaron la nueva jornada cuesta abajo a fin de llegar cuanto antes a la playa. Pero no ya Torecha sino Cheapes, cacique de esa región, les salió al encuentro

significándoles, como antes lo había hecho aquél, que se retirasen inmediatamente de sus dominios.

Por supuesto los conquistadores no dieron valor alguno a tan imperativa notificación. Empezó el combate y luego, ante los efectos de la mosquetería «que las hacía caer sin golpe aparente» y el ladrido de los alanos que las perseguían encarnizadamente, las huestes de Cheapes huyeron despavoridas entre gritos espantosos.

Después de esta fácil victoria, «Vasco Núñez, dice Irving, prohibió a sus soldados que no cometiesen muertes inútiles. Cogió muchos prisioneros y, así que llegó al pueblo de Cheapes, envió algunos soldados en busca del cacique» y con miras pacíficas. Convencióse el cacique de que lo más prudente era rendirse a los españoles, ya que estos «exterminaban con el rayo y el trueno a los que tenían la desgracia de oponérseles» y «se presentó temblando ante ellos, llevándoles quinientas libras de peso en oro trabajado, como testimonio de paz.»

Balboa recibió afablemente a Cheapes y le regaló espejos, cascabeles y cuentas de cristal de colores que en manos del cacique tomaron para éste mayor valía que la propia independencia.

Algunos días permaneció Balboa entre sus nuevos amigos, mientras desempeñaban su comisión los tres destacamentos que había mandado en busca del camino más practicable para llegar al océano. Alonso Martín, jefe de una de esas patrullas, obtuvo el éxito deseado: llegó a una playa, entró a una canoa que la alta marea hizo flotar, en cortos instantes y a su vista sobre la tierra enjuta en que estaba abandonada, y, llamando a sus compañeros, les hizo testigo de «ser él el primer europeo que se había embarcado en aquel vasto mar.»

En posesión de esta noticia y reunidos ya en salud los rezagados y enfermos que había confiado a la solicitud de los caciques amigos, Vasco Núñez eligió los veintiseis españoles menos estropeados y mejor provistos y salió con dirección a las costas.

El resto de los expedicionarios se quedó en casa de Cheapes con el objeto de reponerse de sus fatigas y enfermedades.

Los veintisiete exploradores iban por terrenos absolutamente vírgenes. «Los espesos bosques que cubrían los montes bajaban hasta la orilla misma del mar, rodeando y oscureciendo las anchas y magníficas bahías que penetraban en lo interior de las tierras. Toda la costa, en cuanto alcanzaba la vista, estaba enteramente inculta; no se descubría en el mar ni una sola vela; y uno y otra parecía que jamás habían estado bajo el dominio de la humana civilización». (Irving).

En la tarde del día citado, llegaron Balboa y compañeros a una espaciosa bahía situada a espaldas de la ciudad que habían fundado en las orillas del otro mar, que bautizaron con el nombre de San Miguel por ser ese el del santo del día. En los momentos de su arribo, la playa era un lodazal: la enorme fluctuación de la marea de esos lugares dejaba una gran extensión en esa forma cuando era la hora del descenso de las aguas, y cubría aun puntos situados a bastante altura en la del ascenso de las mismas. A la sombra de los árboles vecinos, esperaron, pues, los exploradores que la mar subiese, mientras tanto ellos comentaban el suceso y fantaseaban de poderío y de riquezas.

Apénas subió la marea, Vasco Núñez, en nombre del serenísimo y católico Rey don Fernando V y de la serenísima y católica reina doña Juana, su hija, y por la corona y cetro real de Castilla, tomó en una mano la bandera y pendón real de Sus Altezas, y una rodela y una espada desnuda en la otra, entró en el agua de la mar salada, dicen los cronistas de la época, hasta que le dió a las rodillas, y comenzóse a pasear, diciendo:

«Vivan los altos e muy poderosos Reyes don Fernando e doña Jhoana, reyes de Castilla e de León e de Aragón, etc., en cuyo nombre e por la corona real de Castilla *tomo e aprehendo la posesión real e corporal e actualmente de esta*

« tierra e costas e puertos e islas australes, con todos sus anexos
« e reinos e provincias que le pertenecen, e pertenecer pue-
« den, en cualquier manera e por cualquier razón e título que
« sea o ser pueda antiguo o moderno, e del tiempo pasado o
« presente o por venir, sin contradicción alguna». «E, si al-
« guno otro príncipe o capitán, chripstiano o infiel, o de cual-
« quier ley o secta o condición que sea, pretende algun de-
« recho a estas tierras e mares: yo estoy presto e aparejado
« de se lo contradecir e defender en nombre de los Reyes de
« Castilla, presentes o por venir, cuyo es aq' este imperio e
« señorío de aquestas Indias, islas e Tierra Firme septentrio-
« nal, dentro o fuera de los trópicos Cáncer o Capricornio».

Y, como ningun príncipe o capitán hizo entonces presente su derecho a las tierras e islas de que tomaba posesión, espada en mano recibió Vasco Núñez igual juramento de sus compañeros y ordenó se levantase acta de la ceremonia.

Luego probó un poco de agua de mar para cerciorarse de si las de éste eran tan saladas como las del Atlántico, y otro tanto hicieron sus compañeros, después de lo cual de nuevo dieron gracias a Dios por haberles permitido descubrir un océano.

En seguida «sacó Balboa su daga y trazó una cruz en un árbol que crecía dentro del mar, verificando lo propio en otros dos próximos en nombre de la Santísima Trinidad, y como señal de posesión. Sus compañeros le imitaron trazando porción de cruces en los árboles más cercanos del bosque, y además cortaron con las espadas algunas ramas para llevarselas como trofeo» (1).

Terminados estos signos de posesión, Balboa regresó a tierras de Cheapes a reunirse con los demás expedicionarios. Hizo un nuevo llamamiento de paz a los indígenas y logró estrechar su amistad con ellos. Un hermano de la mujer su-

(1) Irving, obra citada.

cesora de Cheapes, fallecido ya, informó a Vasco Núñez sobre muchas cosas útiles y, entre ellas, acerca del lugar de que se extraían las perlas que éste había visto en gran abundancia en poder de los indígenas comarcanos.

Inmediatamente Vasco Núñez se aprestó para ir a esos lugares. Aceptó el ofrecimiento de ocho canoas que le hizo aquel indio y con sesenta españoles partió río abajo el 7 de octubre de 1513, hasta desembarcar a tres leguas de las casas del cacique Cuquera. En seguida fué a visitar a este señor, quien le recibió amistosamente y le obsequió oro y perlas. Volvió entonces a casa de Cheapes, y el 17 del mismo mes partió de nuevo con sesenta hombres rumbo al norte y en dirección a la Isla de las Perlas.

Cheapes había tratado de convencer a su huésped de la temeridad que significaba una navegación en esa parte del año, pero todo había sido en vano. Desgraciadamente, como en confirmación de las prudentes advertencias del cacique, cuando apenas se internaban los exploradores al golfo, se fué levantando viento y el mar encrespando hasta el punto de bramar terroríficamente en los islotes y arrecifes de que está poblado. Sobrecogiéronse los españoles, y los indios mismos, acostumbrados a tales percances, se sintieron presas del miedo; pero pronto urdieron la trama de atar las canoas de dos en dos, a fin de impedir su volcamiento, con lo cual la tormenta fué felizmente capeada.

Acogiéronse entonces a un islote, saltaron a tierra y, por indicación de los indios, dejaron atadas las canoas mientras —llegada ya la noche— se entregaban al sueño. Un nuevo secreto de esa naturaleza ignorada les había de sorprender; sin embargo: las enormes crecidas de la alta marea.

Era el suyo un profundo sueño de fatiga. El organismo de esos hombres de acción admirables pedía al menos ese descanso, y había conseguido imponerlo fuertemente. Pero pronto viéronse ellos asaltados por el agua y hubieron de huir hacia mayor altura. No obstante esa retirada, el mar parecía perseguirles como a enemigos: «gradualmente fueron desa-

pareciendo las rocas y los bancos de arena hasta cubrir el mar toda la isla y elevarse casi a la cintura de los españoles, cuya situación no podía ser más angustiosa« (1).

Felizmente era ése el efecto máximo de la marea; luego empezó a declinar, a la inversa de la alegría de los exploradores, y pudieron éstos, después de algunas horas, sentir el alma en sus cuerpos cuando ya no oyeron sino en lejanía el rumor de las olas amenazantes.

Vino el alba, por fin; mas, por desgracia, para mostrar a los hispanos sus canoas, hechas pedazos unas y abiertas otras.

Es necesario colocarse en espíritu en la situación de aquellos hombres para comprender la desesperación que debieron sentir a la vista de esos despejos. Necesitaban descanso, y el mar se había encargado de negárselo; sentían hambre, y en torno nada había.

Sin embargo, Vasco Núñez logró reanimar sus abatidos esfuerzos, poniéndose en persona o maniobrar alegremente en la reparación de las embarcaciones junto a los demás, hasta que, por fin, pudieron usarlas y hallarse, al amanecer del segundo día de viaje, en un ancón que llamaron de San Lucas, en cuya ribera norte estaba el sientto del cacique Tumaco.

Acaso por ser tan pocos sus compañeros, optó Balboa por caer de sorpresa sobre éste; y así fué como a media noche se apoderó del pueblo y redujo a cautividad a muchos naturales. Siguiendo su inteligente plan de reducción, ya a los tres días de estar en esos parajes era amigo de todo el mundo. Manifestó entonces tener necesidad de una canoa más capaz que las suyas, a fin de ir a tomar posesión de «esa costa brava de la mar», y el cacique le proporcionó una en cuyos remos había granos de aljófar y pequeñas perlas engastados, hecho del cual dedujo Vasco Núñez que el mar recién descubierto ocultaba riquezas enormes, y tomó nota el escribano para referirlo al Rey.

(1) Irving.

El 29 de octubre salió con veintidós españoles elegidos entre los más valientes, atravesó esteros y anegadizos en forma que no le hubiese sido posible sin las instrucciones de los aborígenes, y llegó a las playas ya descubiertas en un extremo de la bahía de San Lúcas, frente a la isla que llamó de San Simón. Fué en esa costa donde repitió la caballeresca ceremonia de la toma de posesión del Mar del Sur, declarando que «señalaba por coto e padrón aquel isleo de Sanct Simón, que allí está en el paraje e frontero de la isla de las Perlas».

Luego ordenó que el escribano Valderrábano y otros seis españoles y veinte indios fuesen, a pesar de la temible agitación del mar, a esa isla que decían ser tan rica en perlas, a donde por fin llegaron y desembarcaron después de no pocas zozobras, si bien para convencerse de que tales riquezas no existían. Los indios dijeron entonces a Vasco que la isla en que abundaban estaba a cuatro leguas de la costa; pero no lograron tentar suficientemente a los españoles, no embarcante que Balboa se manifestó deseosísimo de ir allá sin perder un momento.

Otras exploraciones verificaron los conquistadores en reconocimiento aún de los puntos más inaccesibles; pero vieron que ya les era necesario volver a Darién: había que noticiar cuanto antes a la Corte acerca de los grandes descubrimientos recién realizados.

Despidióse Balboa de sus amigos Cheapes y del hijo de Tumaco que le acompañaban, y mandó decir a los españoles que se habían quedado en casa del primero, que se le reuniesen más arriba del camino a Darién, que, desde ese momento, seguían los demás. Aquellos pobres indios, leales como perros, derramaron lágrimas de pesar al separarse de Balboa, mejor amigo de ellos que muchos de su propia raza, hombre cortés y deferente, guerrero heróico y rudo, que acaso hasta su muerte llevó consigo el recuerdo de esas perlas que—temblando en los ojos del salvaje—no eran ofrenda al Rey ni a sus soldados, sino a su propio corazón.



CAPITULO IX

De regreso a La Antigua.—Nuevos padecimientos de los expedicionarios.
—Entrada triunfal a la ciudad.—Balboa informa al Rey acerca de sus descubrimientos recientes.—Sus labores en la paz.

Era ya el 3 de noviembre cuando los descubridores emprendieron el regreso a La Antigua. Pero una vez más la Naturaleza los pondría a prueba de padecimientos.

Insufribles calores habían secado las fuentes, y próvocaban en todos una sed insaciable, hasta el punto de que muchos se arrojaban al suelo, desfallecientes de fiebre y fatigados a no más poder. Sólo los buenos indígenas los podían salvar en esa emergencia. Los condujeron por distinto camino, «hacia un estrecho y profundo valle, dice Irving, refrescado por el agua cristalina que brotaba de la hendidura de una peña», donde ansiosamente mitigaron su calentura.

Era ese valle propiedad de Pacra, cacique famoso por sus riquezas y por su pésimo carácter, monstruo en espíritu y en cuerpo, odiado por no pocos, y por los más temidos.

Así que cobraron valor, los hispanos se lanzaron sobre el pueblo de Pacra; pero éste y los demás habitantes habían huído, bien que abandonando más de tres mil coronas de

oro. Envió Vasco Núñez algunos emisarios en busca del cacique; pero, sólo después de mucho argumentarle con buenas y con malas palabras se logró inducirle a presentarse ante aquél. Preguntáronle los españoles de dónde sacaba el oro, pero Pacra no se dignó contestar una sola palabra; preguntáronle por ésto y por aquéllo, y el obstinado indígena continuó en un silencio exasperante, como si, presintiendo su muerte, hubiese querido entregar desde luego sus secretos al silencio infinito...

Es seguro que los españoles no habrían pasado más allá de atormentarle, a fin de romper su ensimismamiento, si no hubiera sido porque los mismos caciques vecinos de Pacra le acusaron ante Balboa de practicar vicios de alcoba abominables. Esto vino a decidir su muerte, por igual motivo los españoles habían tomado idéntica medida con otros salvajes, aún con el aplauso de los indios no corrompidos. Este miserable fué entregado a los alanos.

En tierras del difunto cacique descansaron los expedicionarios cerca de treinta días y les alcanzaron los enfermos que habían quedado en casa de Cheapes. Iban éstos acompañados por el cacique Bonoumaná, quien les había detenido amistosamente cuando pasaban cerca de su casa, y quiso ir con ellos hacia Balboa. Una vez en presencia del descubridor del Mar del Sur: «aquí tienes, hombre valiente,—le dijo el cacique,—salvos y sanos a tus compañeros, del mismo modo que a mi casa entraron. El que nos da los frutos de la tierra y hace los relámpagos y los truenos, te conserve a ti y a ellos». Vasco Núñez agasajó muchísimo al noble cacique e hizo alianza y amistad con él.

Mas, había que continuar el regreso a Darién.

Siguieron los descubridores, al principio, orillando el río Comagre, que atravesaba, más a la costa norte, el territorio del cacique del mismo nombre; pero luego hubo necesidad de cambiar de camino porque las tierras o eran estériles y frías o estaban cubiertas de pantanos en que se perdían hasta las rodillas. Entregados al tino de los indígenas, cruza

ron regiones acaso nunca holladas, valles y cumbres, y ciénagas que la misma naturaleza se encargaba de disimular bajo lianas y musgos tupidísimos.

Sin embargo, esos trabajos eran algo nada más: lo terrible era el hambre, más hija de la codicia de los descubridores que de la falta de recursos en las costas del Mar del Sur, donde se habían aprestado a la marcha. La necesidad apretaba, y no había siquiera dónde procurarse una semilla. Los naturales que encontraban a su paso les ofrecían oro como manifestación de amistad; algunos, como los súbditos del cacique Chioriso, les regalaron miles de pesos; pero «con vergüenza confesaban carecer de medios para recibir a aquellos huéspedes que ellos creían celestiales» (1).

Con oro en la bolsa y en medio de un campo desierto en que no había qué comprar, los conquistadores eran como el ave enjaulada, cuyas alas deben replegarse tristemente porque de nada sirven. . . . Les ocurría de nuevo el caso denunciado por Balboa al Rey en su primera carta, cuando «muchas veces fué en muchas partes que más holgaba de hallar una cesta de maíz que otra de oro. . . porque teníamos más oro que salud».

Numerosos indios murieron de inanición y los españoles sufrieron lo indecible.

Por fin llegaron a tierras del buen cacique Pocorosa, donde permanecieron algunos días y se procuraron alimentos con el vivo deseo de seguir cuanto antes el camino a La Antigua. Para esto debían, sí, pasar por los dominios del cacique Tubamaná, de quién había dicho el hijo de Comagre que era de un carácter brutal y temible en la guerra. Necesario era, pues, caer de sorpresa sobre él.

Escojió Balboa los setenta españoles menos abatidos, ordenó a los restantes mantenerse sin cejar en el pueblo de Pocorosa, y partió ya al obscurecerse, con todo sigilo y con tal rapidez que al otro día estaba en las vecindades de la

(1) Irving.

morada de Tubamaná, a pesar de que, en mejores condiciones, ese viaje se hacía corrientemente en dos días de marcha. A media noche cayó sobre el caserío del cacique e hizo prisioneros a éste y a muchísimos indígenas, incluso las sesenta mujeres de aquél.

Cuando, no bien repuesto todavía de la natural sorpresa, se vió Tubamaná humillado y cautivo, empezó a llorar a más y mejor. Algunos indios le acusaron entonces de varios crímenes y crueldades y pidieron su muerte, y Balboa, fingiendo acceder, mandó que le atasen de pies y manos y lo diesen a los perros, tal vez con el propósito de saber de sus labios algunos secretos de la tierra. Apenas oyó esa orden, el cacique se deshizo en súplicas, humildes unas y otras llenas de entereza, y finalmente prometió darle todo el oro que tenía, a trueque de vivir. Como Vasco Núñez no quería otra cosa, aceptó en el acto lo propuesto, y recibió de manos de Tubamaná y de sus fieles súbditos como nueve mil coronas de oro a título de rescate.

En vista de esas riquezas, le preguntó Balboa de dónde sacaba el oro; pero le contestó que no sabía. «Pues bien, he de saberlo», le repuso Balboa, y ordenó catear los alrededores y arroyuelos con tan buen éxito que la pasmosa abundancia de metal encontrada en punto de extracción le inclinó a pensar en la fundación de dos establecimientos en esos lugares.

Después de poner en libertad al cacique y de obsequiarle cuentas de vidrio y otras bagatelas, volvió Vasco Núñez en busca de sus compañeros a tierras de Pocorosa; pero los halló tan extenuados que, para seguir a La Antigua, hubo que llevar a unos del brazo y al hombro a otros. El mismo Balboa, de tiempo en tiempo presa de fiebre, se vió obligado a dejarse trasportar en hamaca.

Así, con estos inconvenientes, andando tan despacio como es posible imaginárselo, llegaron los descubridores a las costas del norte, al país de Comagre. Este leal aliado había muerto ya; y le había sucedido su hijo mayor, el mismo que

informó a Balboa acerca del Mar del Sur y en esta ocasión le recibía con grandes demostraciones de cariño, regalándole bastante oro y otras especies que Vasco Núñez retribuyó con algunas chucherías, una camisa y «una capa de soldado con la cual se creía un semidiós entre sus desnudos compañeros» (1).

Después de algunos días de descanso, los españoles siguieron hacia tierras de Ponca, donde Balboa tuvo conocimiento de la llegada de dos naves a Darién, cargadas de refuerzos y provisiones,—inesperada buena nueva que dió nuevos ánimos a los ya abatidos expedicionarios. Se apresuraron a llegar a las casas del fiel Cáreta, y luego, quedándose allí la mayor parte de ellos a fin de descansar, Balboa y veinte españoles se embarcaron hacia La Antigua en el bergantín que para ese efecto habían dejado meses atrás.

Llegaron a La Antigua en 19 de enero de 1514.

Todos los habitantes salieron a recibirles, y su regocijo no tuvo límites cuando supieron el descubrimiento del Mar del Sur y vieron que los descubridores volvían cargados de perlas y de oro. Dos buques volaron a Coiba en busca de los demás expedicionarios y del resto del botín, consistente en oro, perlas, mantas, algodón y gran número de cautivos de ambos sexos.

Vasco Núñez, por supuesto, fué el héroe predilecto. Nunca los antiguos estuvieron más orgullosos de él. «Comparaban la constante prosperidad que había disfrutado la colonia, la perspectiva espléndida que tenía delante, el acierto y la felicidad de sus expediciones, con los infelices sucesos de Ojeda, de Nicuesa, y hasta del mismo Colón, que no había podido asentar el pié con firmeza en el continente americano. Y esta gloria se hacía mayor cuando ponían la consideración en las virtudes y talentos con que la había conseguido. Este ponderaba su audacia, aquél su constancia; el uno su prontitud y diligencia, el otro la invencible entereza de ánimo

(1) Irving.

con que jamás desmayaba y abatía; quien la habilidad y destreza con que sabía conciliarse los ánimos de los indígenas, templando la severidad con el agasajo; quien, en fin, su penetración y prudencia para averiguar de ellos los secretos del país y preparar nuevas fuentes de prosperidad para la colonia y para la metrópoli» (1).

«El carácter de Vasco Núñez, agrega Irving, cobró en efecto elevación con las circunstancias reunidas del grandioso descubrimiento a que acababa de dar cima, y del importante cargo de que ya estaba investido». «Ya no se consideraba a sí mismo como un simple soldado de fortuna, capitán de una turba de aventureros, sino como un gran general que conducía a sus tropas a una inmortal empresa».

Por eso, como poseionado de que hacía algo superior a todo sacrificio, era, como siempre, Vasco Núñez el primero en los trabajos y peligros; el más animoso de todos; el leve acicate y el ejemplo reconfortante de los abatidos; disciplinado y severo, fraternal y solícito; hombre, en fin, admirable desde su marcha hacia el inmenso mar en cuyas aguas brillaría «ad perpetuam», como el sol, su gloria de descubridor.

Ya en paz en la ciudad, Vasco Núñez hizo una larga carta al Rey refiriéndole minuciosamente sus aventuras y el descubrimiento recién realizado.

Se hallaba entonces en la ciudad, informándose «breve o secretamente» de las cosas de la colonia, Pedro de Arbolancha, criado del Rey. El hábil descubridor del Mar del Sur intimó con él cuanto más pudo; le hizo relación de sus hazañas, divertidas las unas, caballerescas las más, con el objeto de interesarle por su persona, presentándosele en todos sus aspectos de capitán y de organizador, de gobernante y de amigo; y, finalmente, cuando ya estuvo seguro de su amistad, le rogó que fuese él quien llevase al Rey la referida carta, el quinto de la Corona y un regalo destinado a don

(1) Quintana.

Fernando, consistente en las más grandes y preciosas perlas que había recogido.

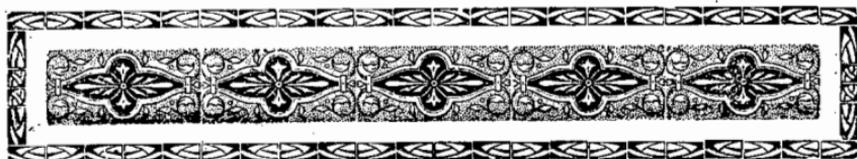
Así se convino e hizo. Sólo que la nave no partió sino en Marzo de 1514.

Mientras Arbolancha iba en camino a España—donde llegaría demasiado tarde para evitar algunos sucesos desgraciados—Vasco Núñez se puso a trabajar por el progreso de la colonia. Dictó, según Irving, paternales providencias en beneficio del país que estaba a sus órdenes, y todos sus esfuerzos (y actividades) se dirigían a poner los alrededores de la colonia en tal estado de cultivo que produjeran lo suficiente para satisfacer sus necesidades, sin dependencia de Europa».

Amado por todos los colonos, admirado y ennoblecido por todos, gobernó durante algún tiempo Tierra Firme conforme a los dictados de su experiencia y de su tino nunca desmentido.

¡Corto reinado del amor sería éste, sin embargo!

Veinte naves cruzaban ya el Atlántico, y en ellas, más de un corazón malvado que no podría sufrir la gloria del gran descubridor.



CAPITULO X

Los asuntos de La Antigua en España.—Las misiones de Colmenares y Caicedo y del Alcalde Zamudio.—Resultados de la querrela de Enciso.—Pedrarias Dávila es nombrado Gobernador de Castilla del Oro.—Su llegada a La Antigua.

Está dicho que Enciso había obtenido una completa reparación de los agravios de que se quejó al Rey y que, apoyado por el Obispo Rodríguez de Fonseca, inició su campaña personal contra Vasco Núñez, acusándole de despotismo y de ser causante de la muerte de Nicuesa.

Como el mencionado Obispo conocia entonces sin ulterior recurso de las cosas de Indias, no es de extrañarse de que no haya puesto oídos al Alcalde Zamudio ni de que, muy al contrario, decretase orden de prisión en su contra. Zamudio eludió ésta escondiéndose, no se sabe dónde.

La representación de Balboa en España estaba, pues, bastante mal parada.

Cuando Caicedo y Colmenares llegaron allá, después de muy penosa travesía, previo anuncio, fueron llamados por el Rey, a quien presentaron un memorial, dieron datos y entregaron una extensa carta de Vasco Núñez. Don Fernando se manifestó regocijadísimo por estas noticias; más aún,

dispuesto a no perder un solo momento a fin de preparar una expedición mayor que las que hasta entonces habían ido a Tierra Firme. Dispuso que se alistasen de ochocientos a mil hombres con provisiones para seis meses y que se fabricase artillería en Málaga; dictó un modelo de requerimiento destinado a obtener la sumisión de los indigenas evitando en cuanto fuese posible la violencia, y extendió una lista de franquicias en favor de los pobladores de La Antigua i de cuantos a ella fuesen a establecerse, conforme a lo solicitado en el memorial de los procuradores.

Estaban éstos a punto de regresar a Darién cuando llegó a la Corte una larga y minuciosa carta de Balboa, aquella en que solicitaba hombres y armas para ir a descubrir el Mar del Sur y ponderaba las riquezas obtenidas y las que era posible obtener.

En vista de estas nuevas noticias, el Rey volvió a llamar a Caicedo y a Colmenares para consultarles acerca de ellas. Este último no vaciló en calificarlas de «devaneos, mentiras y engaños», agregando que esos engaños, mentiras y devaneos no tenían otro fin que el de conseguir que se nombrase gobernador de Darién a quien las propalaba.

A pesar de esas objeciones, el Rey, según el mismo Colmenares, «dió más crédito a aquellas mentiras y maldades, que no a lo que los procuradores le decían que era verdad». Fuertes calificativos eran esos de Colmenares, quien no comprendía o acaso fingía no comprender que el relato fantástico de las riquezas de Tierra Firme tenía por objeto interesar a la Corte y obtener así los auxilios que se necesitaban para llevar adelante la conquista.

Como otros sucesos posteriores se encargarán de demostrarlo, esa carta de Vasco Núñez, motivando el aumento de las proporciones de la expedición proyectada, había de serle personalmente fatal. Por ella las riquezas de Tierra Firme adquirieron en la mente del Rey y de la Corte caracteres casi fabulosos, hasta el punto de que se ordenó cambiar el nombre de la colonia por el de «Castilla del Oro»; por ella

también, pensó el monarca que era necesario poner a la cabeza de la expedición y del gobierno a una persona de reconocida calidad. Esta persona, atendiendo la queja de Enciso, abriría un juicio de residencia contra Vasco Núñez, y establecería un gobierno regular donde éste no era sino usurpador y déspota. (!)

Así fué como él nombramiento de Gobernador de Castilla del Oro recayó en Pedrarias Dávila, caballero de Segovia, galano y dado al Ajedrez y a las juntas y torneos, militar tenido por valiente y glorioso. En puridad de verdad, esas cualidades le hacían más propio de la Corte que de las rústicas Indias; pero él se creyó apto para la gobernación que se le ofrecía, y tanto que, un instante en que se pensó no dar curso a su nombramiento, quemó incienso a los santos de la Corte hasta que obtuvo sus despachos. (Antonio de Herrera, en su polémica con el Conde de Puñonrostro).

El nombre de Pedrarias y la fama de las enormes riquezas del Nuevo Mundo, hicieron que se considerase un honor figurar en la expedición que se preparaba. Más de dos mil hombres ofrecieron sus servicios, y tal era la puja, que el Rey se vió obligado a limitar el número de expedicionarios.

Se equiparon veinte naves con considerable provisión de víveres y municiones que costaron a la Hacienda la suma de cincuenta y cuatro mil ducados.

De las expediciones hasta entonces enviadas a las Indias era esa la mayor y la formada por gente «la más lucida que de España ha salido» (1).

Municiosas instrucciones dió el Rey a Pedrarias Dávila sobre su futuro Gobierno. En lo que se refiere a Vasco Núñez, expidió dos cédulas reales. Por la primera, ordenaba a Pedrarias que recogiese las «varas de la justicia» y abriese información acerca de su conducta funcionaria; por la segunda, reiteraba esas disposiciones y le hacía presente que Balboa era deudor del Consejo de La Española por novecientos

(1) Pascual de Andagoya.

pesos oro que eran el valor de ciertos tocinos. . . . Enciso no perdía detalles.

En resúmen, las instrucciones relativas a Balboa no eran tales que pudiesen informar el ánimo de Pedrarias a su favor. Hay que ver en el fondo de ellas la obra constante de Enciso, patrocinada por el Obispo de Fonseca y reforzada, en parte, por el Procurador Colmenares; obra que se extendería a cuanto el primero de los nombrados pudiese decir personalmente a Pedrarias durante la travesía del Atlántico. ¡Como no le induciría a sospechar que Vasco Núñez le recibiría acaso como a Nicuesa!

Como una nube, el odio iría creciendo hasta tocar el corazón de Pedrarias y helarlo: no otra cosa pretendía Enciso, sino que éste procediese a sangre fría contra Vasco Núñez. ¡Lástima que esa sangre fría, como de cortesano experto, se resolviese después en cinismo, en perfidia enguantada de blanco!

La expedición de Pedrarias salió de San Lúcar en abril de 1514 y llegó a Darién después de cuarenta y ocho días de viaje.

Inmediatamente, Pedrarias envió algunos emisarios a Balboa, a fin de notificarle su llegada y de ver cuál era su estado de ánimo. ¿Le trataría el «déspota» como antes a Nicuesa?

En camino hacia La Antigua, los emisarios pensaban encontrar a Vasco Núñez sentado en trono de oro, dictando leyes y mandando esclavos; pero cuál no sería su asombro al hallarlo vestido de algodón y calzado de alpargatas, dirigiendo a unos cuantos indios que techaban su humilde casa de paja.

Balboa recibió la nueva con gran calma aparente; manifestando su satisfacción por la llegada del Gobernador y adelantándole su bienvenida. No pocos colonos, sin embargo, eran de opinión de recibir a mano armada a ese funcionario. Pero Vasco Núñez optó por la paz; indujo a sus partidarios a proceder en esa forma y ordenó que todos los habitantes de La Antigua se aprestasen a recibir solemnemente al nuevo Gobernador.

Al día siguiente al de su llegada, desembarcó Pedrarias y se dirigió a la Antigua a la cabeza de dos mil hombres en pie de guerra. «Conducía a su esposa de la mano y a su otro lado iba el Obispo de Darién, vestido de ceremonia, mientras un brillante tren de jóvenes caballeros, cubiertos con resplandecientes armaduras y brocados, cerraban la marcha a manera de guardia de corps» (1).

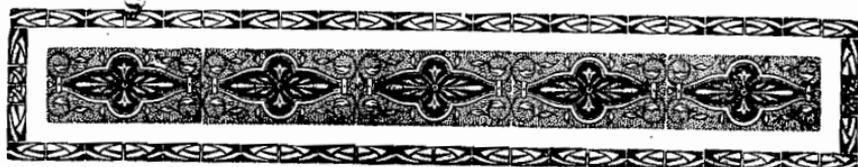
Balboa se adelantó con todos los antiguanos a recibirle solemne y sencillamente: sus soldados eran un puñado de hombres rudos, semi-salvajes, pero iban sin una arma, acaso para no herir siquiera en el pensamiento a los recién llegados; sin galas militares que no fuesen cicatrices; sin otro brillo que el de su gloria humilde.

Saludó Vasco Núñez a Pedrarias con profunda reverencia; le prometió, en seguida, una completa sumisión de parte suya y de la colonia que hasta entonces le obedecía; y otro tanto hizo el pueblo todo de la Antigua, eso sí que con poco entusiasmo.

Luego que entraron a la ciudad, agrega Irving, condujo a sus distinguidos huéspedes a su casa techada de paja, en donde les tenía preparada una mesa cubierta con todo lo más selecto que daba el país en frutas, raíces y pan de maiz y cazabe: pobre palacio y miserable banquete a los ojos de los alegres caballeros que esperaban quedar deslumbrados por el lujo del (que decían) usurpador de Castilla del Oro».

(1) Irving.

«Sin embargo, Vasco Núñez hizo los honores de su humilde albergue con la fina y hospitalaria urbanidad de un príncipe», a pesar de que es imposible no creer en el íntimo desencanto que debió producirle el derrumbamiento de sus ensueños de gobierno y de fortuna, y el triunfo de sus enemigos precisamente en la hora que él, con razón, creyó la más gloriosa de su vida.



CAPITULO XI

Primeras relaciones de Vasco Núñez con el Gobernador de Castilla del Oro.
—Arbolancha llega a España con las noticias del descubrimiento del Mar del Sur.—Carta del Rey a Vasco Núñez.—Se confiere a éste el título de Adelantado del Mar del Sur, y otros.—Pedrarias rompe lanzas contra Vasco Núñez.

Apenas un día después de su llegada, Pedrarias provocó una conferencia con Vasco Núñez. Único testigo de ella, y con el carácter de ministro de fe, fué Oviedo, aquel que después escribiría una muy completa historia de las Indias.

Comenzó Pedrarias por decir a Balboa que la corte tenía en muy alta estima sus servicios; que el Rey le había encargado tratarle con la mayor consideración y consultarle en todos los asuntos relativos a la colonia, etc.; en fin, que creyese en la sincera amistad que él—Pedrarias—le profesaría en adelante, y que se sirviese informarle acerca de todo lo pertinente a Darién.

Vasco Núñez, hombre franco y, por tanto, confiado en la franqueza de los demás; siempre leal, por otra parte, a la causa de los Reyes, a quienes desde entonces entraba a servir no ya como cabeza sino como subalterno, abrió su propio corazón al astuto cortesano, de lo cual se aprovechó éste

para exigirle un informe acerca del estado de la colonia y una minuta de cuántas noticias tenía recogidas.

Necesitaba Pedrarias estos datos a fin de no entrar a ciegas en el Gobierno. Fingía amistad y buenos propósitos sencillamente para aprovecharse de lo que a Vasco Núñez había costado esfuerzos y fatigas sobrehumanos; y tanto era así, que, algunos días después de presentado el informe antedicho, abrió el juicio de residencia contra «su amigo» y estableció destacamentos desde Darién al Mar del Sur, a fin de poblar las costas de éste y obscurecer la gloria de quien las había descubierto (1).

Mientras Pedrarias iniciaba su persecución a Vasco Núñez, llegó a España Pedro de Arbolancha, el portador de las cartas de Balboa y del Cabildo de La Antigua, y sincero amigo y admirador de los descubridores.

Erase entonces a mediados de 1514.

Arbolancha se presentó al Rey, su señor, en Valladolid, donde a la sazón residía la Corte, y fué muy bien recibido. El anciano monarca se manifestó gratísimo de las noticias que le llevaba y de los presentes que, a nombre de Balboa y compañeros, puso Arbolancha en sus reales manos; y en tan buen predicamento quedó en su concepto el descubridor del Mar del Sur, gracias a aquéllas y a las referencias de su criado, que, a no haber sufrido retraso la comisión de éste, tal vez le hubiese confirmado en el cargo de gobernador de Tierra Firme. Sólo poco antes de la llegada de Arbolancha, había salido Pedrarias rumbo a Castilla del Oro, como ya se llamaba a la antigua Tierra Firme. Ni las cartas favorables a Vasco Núñez últimamente escritas por Pasamonte—de las cuales se impuso el Rey antes de la partida del nuevo Gobernador—ni la fuerza de la opinión pública que en el fondo de las palabras del procurador Colmenares vislumbró y admiró

(1) Oviedo.

en Balboa un caudillo inteligente y esforzado, habían logrado detener esa partida. Vasco Núñez pudo haber dicho, como Ulises, que los dioses estaban contra él.

Pero, una vez que España toda tuvo conocimiento de las nuevas grandes proezas realizadas por él; «cuando llegó Arbolancha llevando consigo las riquezas, los despojos, las esperanzas brillantes que le habían dado las costas del Mar Austral; cuando oyeron que con ciento y noventa hombres había hecho aquello para que se habían creído necesarios mil, y que de esos nunca había obrado sino con sesenta o setenta a la vez; que en cuantos encuentros tuvo no había perdido un soldado; que había pacificado tantos caciques; que sabía tantos secretos; cuando se entendió su porte religioso y moderado, y a la reverencia y docilidad con que tributaba a Dios y al Rey el reconocimiento y sumisión debidos en todas sus prosperidades y fortuna, la gratitud y admiración se dilataron en alabanzas sin fin. Hasta el anciano Rey, embelesado de lo que oía de Arbolancha, salió de su genial indiferencia, y ordenó a sus Ministros que se hiciese merced a Vasco Núñez, pues tan bien le había servido.» (1)

Dentro de esta nueva disposición de su ánimo, en esos días escribió el Rey a Vasco Núñez agradeciéndole sus descubrimientos y presente; mas, en cuanto a la Gobernación que para él solicitara el Cabildo de La Antigua, le decía que ya había salido Pedrarias con el título... Le agregaba, naturalmente, que se sometiese a éste, que le instruyese en el manejo de las cosas de Castilla del Oro y, mas aun, que indicase al nuevo Gobernador lo que debiera hacer en su administración.

¡Esas instrucciones recibía Balboa precisamente cuando Pedrarias le perseguía ya!

Verdad es que en real cédula a Pedrarias hablaba el monarca de lo bien que había servido Vasco Núñez «así en lo que ha descubierto como en todo lo demás que allá se ha

(1) Quintana.

ofrecido»; que pedía al Gobernador le tratase con toda deferencia; que le favoreciese por todos los medios a su alcance, «aún en lo que hubiéredes de proveer», y que lo consultase; porque «por la mucha experiencia que allá tiene no puede dejar de acertar en todo»; pero eso por desgracia, no iba sino a encender la envidia y a avivar los odios de Pedrarias contra el desgraciado descubridor a quien se pretendía favorecer.

Es oportuno también recordar, para apreciar la pérfida conducta de Pedrarias en los sucesos posteriores, que en esa misma carta le decía el Rey que, «sin dilación ni perder tiempo, porque esto importa mucho», construyese barcos a fin de proseguir el reconocimiento de las costas del Mar del Sur; que ese reconocimiento debía encargarse *a personas discretas y que sepan dello*; y que, a renglón seguido, añadía: «por servicio mío, (mando) que entendais, luego como esta recibiereis, en ello (es decir en la construcción de naves), con mucha diligencia... (aquí está roto el documento)... *háme parecido muy bien la manera que Vasco Núñez tuvo en el tratar los caciques e indios*», etc.; de todo lo cual se deduce que el Rey deseaba que las futuras exploraciones al Mar del Sur fuesen dirigidas por Balboa, ya que, si así no fuera, a nada conduciría la cita que de éste hacía después de hablar de que esa comisión debía confiarse a personas discretas y expertas. Esto debe tenerse presente para ver más adelante hasta dónde llegó Pedrarias en su odio a Vasco Núñez.

Más o menos un mes después de escritas estas cartas, el Rey don Fernando confería a Balboa el título vitalicio de Adelantado del Mar del Sur, título en sí meramente honorífico, pero al cual iba adjunto el de Gobernador de las provincias de Coiba y Panamá. En el desempeño de este cargo, Vasco Núñez quedaba dependiendo del Gobernador de Castilla del Oro, pero con absoluta libertad, «pues él tiene, decía el Rey, tan buena habilidad y disposición para servir.»

Adjunta a los títulos de Balboa, venía una carta en que el monarca advertía a Pedrarias que tenía a aquél «en mucho

más que por cualquiera otra persona» y que aprovecharía mucho a las demás de la colonia «ver el tratamiento que fareis al dicho Vasco Núñez, y con esto tendrá más aparejada voluntad para nos servir.»

Todas estas circunstancias reunidas—las mercedes que el Rey hacía a Vasco Núñez, la alta estima con que empezaba a rodearle y el reconocimiento que hacía a sus méritos de conquistador y de político—venían como a herir en carnes vivas al celoso Gobernador de Castilla del Oro. Más aún: talvez sin quererlo, puesto que el Rey le tuvo siempre toda clase de consideraciones, al crear la gobernación de Coiba y Panamá y dársela a Balboa, el monarca hacía un gobierno mísero del hasta entonces opulento que obedecía a Pedrarias. Quitarle Panamá y Coiba era dejarle casi nada, o al menos lo más pobre.

En esta emergencia, Pedrarias optó por un procedimiento con que ya estaba familiarizado: optó por retener los despachos de Vasco Núñez, cosa que talvez no hizo con el debido secreto porque luego llegó a oídos del interesado, del Obispo y de todos los vecinos de La Antigua. Naturalmente, éstos alzaron el grito al cielo, y más que todos el Obispo, quien aún desde el púlpito amenazó a Pedrarias con acusarle ante el Rey.

Atemorizóse Pedrarias y llamó a consejo a los Oficiales Reales y al Obispo. Todos, menos éste, opinaron que no se diese curso a los despachos hasta que el Rey, atendido el resultado del juicio de residencia, dijese qué se hacía. Pero el Obispo dió tales razones y amenazó a los circunstantes con tan grandes responsabilidades por su desacato a las órdenes reales, que al fin hubieron de ceder a sus deseos. Sólo entonces llamó Pedrarias al Adelantado para entregarle sus títulos, lo que no se hizo sino cuando éste juró no hacerse cargo de su gobierno sin la venia de aquél.

Pero el desarrollo de estos sucesos alcanzaba ya a mediados de 1415, y Pedrarias necesitaba ganar tiempo al tiempo

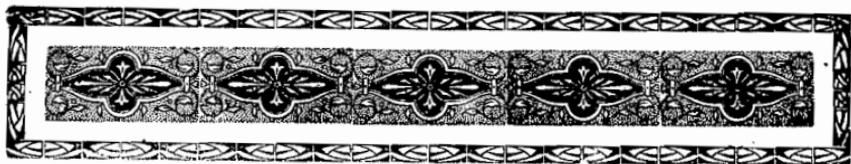
a fin de hundir, si era posible, a aquel hombre glorioso que le hacía sombra.

Escribió al Rey solicitándole una clara interpretación del título de carácter administrativo conferido a Vasco Núñez (título que, en realidad, necesitaba esa interpretación) e insinuándole, desde luego, cuál debería ser la extensión de ese cargo. Según él, Balboa no tenía derecho al gobierno de Coiba y Panamá porque *no conocía sino de nombre a esas provincias*: ni a ser Adelantado de todas las costas del Mar del Sur; puesto que no había hecho otra cosa que «ver» una parte de ellas, es decir, que ni siquiera las había descubierto, pues «el que descubrió la Mar del Sur,—decía el malvado,—e gastó sus dineros e hacienda en ello, Diego de Micuesa dicen que fué» (!)

Fundado en esas iniquidades, concluía por proponer al Rey el nombramiento de una comisión de diez personas que se encargaría de deslindar la parte de costas que Balboa había «visto», a fin de dárselas para su gobierno.

Pedrarias era leal para consigo mismo y, como necesitaba conservar la integridad de su gobierno, no paraba en medios. Más aún: había visto que el Rey distinguía a Vasco Núñez con un alto título honorífico; que pedía deferencia y especiales consideraciones para con su persona; que tenía partido, y grande, en la colonia, y una fama casi mundial; y todo eso le apremiaba el corazón: sentía el bajo deseo de socavar el prestigio del Adelantado y también el de presentarle como indigno de toda otra merced que en lo porvenir pudiera conferírsele.

Por eso había escrito al Rey en términos calumniosos respecto de Vasco Núñez,—como si ya en esos tiempos el pérfido Basilio de Beaumarchais le dijera al oído que sólo esos pueden desvanecer en las conciencias el nimbo de oro de la virtud ajena. ¡Por eso también las «varas de la justicia» que el Rey había puesto entre sus manos, se doblarían al fin hasta quebrarse!



CAPITULO XII

El juicio de residencia de Vasco Núñez.—Se le absuelve; pero continúan las causas por deudas.—La crítica situación de la colonia obliga a suspender éstas.—De cómo las desgraciadas expediciones de Pedrarias provocan la segunda «entrada» de Balboa a Dobayba.—Relación de ésta.—Vasco Núñez manda un emisario a La Española.—Fundación de Acla.

Dicho está que en cuanto Vasco Núñez presentó su informe—informe a todas luces precioso, ya que contenía indicación de los ríos, minas, mar y costas descubiertos, del nombre y residencia de los caciques amigos y enemigos, de las rutas conocidas, de la Isla de las Perlas, etc.—se inició el juzgamiento de su conducta como Gobernador de Tierra Firmé, o Castilla del Oro, como ya se la llamaba.

Pero antes de entrar de lleno a los detalles de ese juicio, es necesario, para su mejor comprensión, conocer a los que —positiva o negativamente respecto de Balboa—intervinieron con más eficacia en su desarrollo.

Juez de la causa fué el Alcalde Mayor de La Antigua, el Licenciado Espinosa; funcionario competente aunque inexperto, voluble de carácter y manejable en fin. Como novicio en el desempeño de un cargo de esa especie, fué, al principio,

ardiente defensor de sus prerrogativas; pero luego se hizo instrumento de Pedrarias y, finalmente, inspirador de sus odios.

Pedrarias Dávila, Gobernador de Castilla del Oro, de carácter astuto y solapado; envidioso y falso, y desigual en su trato con los demás; valiente en las batallas y tímido y desatinado en el gobierno pacífico; de maneras cortesananas que apenas alcanzaban a ocultar el mal fondo de su alma; avaro y ridículamente fastuoso,—tenía entre sus atribuciones la de usar «de las varas de la justicia, alcaldía e alguacilazgo» de la colonia.

Juan de Quevedo, en fin, primer Obispo de Darién, era además, por disposición real, en cierto modo una autoridad de carácter administrativo civil. Inteligente y empeñoso; leal a toda prueba; más dado a los negocios mundanos que al servicio divino —acaso por creerse obligado a estar de parte del que le pareció débil y bueno—; varonil y audaza veces; orador persuasivo cuando no convincente; autoridad en buenas cuentas, íntimamente opuesta al Gobernador,—figura siempre como amigo de Vasco Núñez y casi como su amparo único. No faltan cronistas que funden ese amparo y esa amistad en una comunidad de intereses comerciales; pero ese hecho, sobre el cual, por otra parte, no cabe duda,—en nada desvirtúa la corrección de sus procedimientos ni la razón moral de sus afectos, ya que talvez no haya bondad humana cuya esencia no se desprenda de un interés individual o colectivo, tangible o moral, pero interés al fin.

El Licenciado Espinosa inició la causa con buena disposición respecto de Balboa. Oía los consejos del Obispo, y éste no quería sino el bien para el ya célebre descubridor del Mar del Sur.

Así fué como el enredo de cargos fué desenmarañándose con una rapidez verdaderamente sensible para el Gobernador de Castilla del Oro. Este no quería de ningún modo un

fallo absolutorio, porque comprendía que Vasco Núñez quedaría a mucha altura, lo que no haría sino obscurecer su gobierno y aún demostrar que no estaba en buenas manos. Viendo, pues, que la sentencia no saldría conforme a sus deseos, inició Pedrarias una información secreta y recogida entre los soldados que fueron de Nicuesa y de Ojeda; para demostrar cómo Vasco Núñez era reo de usurpación del Gobierno y de tiranía.

Supo el Juez que tal hacía el Gobernador y, previa consulta al Obispo, se quejó a Pedrarias de ese procedimiento, tan ajeno a todo principio de buena administración de justicia y a la confianza que debía depositar en el funcionario que conocía del proceso. Después de una discusión más o menos ágría, en que el Obispo se hizo parte, se avino Pedrarias a entregar al Juez su trabajo de zapa, no sin que antes protestasen de nuevo éste y el Obispo, y tachasen los testigos por enemistad manifiesta contra el acusado.

Poco después de este incidente, falló el Juez absolviendo a Vasco Núñez de las graves culpas que Enciso le echara encima, y dejando pendiente sólo las demandas por deudas, puesto que «de las cosas criminales de que le acusaban (usurpación y tiranía), él está libre o, a lo menos, no con más culpa que los otros del pueblo; y que por las otras cosas civiles, que no son deudas (deudas), pasados los sesenta días de la residencia, puede dejar un procurador».

Exasperóse Pedrarias por esta absolución, y, diciendo hallarse convencido de la culpabilidad de Vasco Núñez, determinó mandarlo preso a España, a fin de que se le juzgase por la muerte de Nicuesa, «porque el dicho Alcalde (Espinoza) ha sido padre (es decir, padrino, amparador) del dicho Vasco Núñez, en juzgar las cosas de sus culpas como más ha convenido al dicho Vasco Núñez para desfacérlas e aliviarlas—decía Pedrarias al Rey—... lo cual ha sido porque ha procedido (en fuerza) de las muchas dádivas que acá es fama ha rescibido el dicho Alcalde».

Pero ni el Adelantado ni el Obispo juzgaron conveniente

que el primero perdiese tiempo en un viaje a la Corte. Para evitarlo, éste habló entonces con Pedrarias y—explotando sus odios y su envidia le demostró que si Balboa llegaba a España, el Rey le colmaría de honores y mercedes y, entre palmas, acaso, lo mandaría de nuevo a Castilla del Oro. Convencido Pedrarias, decidió no remitir a Vasco Núñez a la metrópoli, pero sí «la residencia e pesquisa secreta del dicho Vasco Núñez... e los pleitos de Diego de Nicuesa e del Bachiller Enciso» al Consejo de Indias.

No obstante, esta decisión, Pedrarias vió que el fallo del Licenciado Espinosa le dejaba una puerta por donde seguir flechando a Vasco Núñez. Su propósito era— ¡y vaya si lo cumplió!—dar desarrollo a los pleitos por deudas que a éste afectaban y dilatarlos hasta que de sí no diesen más, si era posible. Con eso lograría despopularizarle, agriarle su permanencia en la colonia, empobrecerle poco a poco, y tenerle arraigado a La Antigua a fin de que no pudiese lanzarse hacia tierras no exploradas a esclarecer aun más su gloria de descubridor.

Estos propósitos, que aparecen absolutamente claros una vez que se estudian y relacionan sus diversas actitudes frente a Vasco Núñez, muestran a Pedrarias como un hombre realmente desequilibrado por las malas pasiones. Tenía ese talento especial de los despechados poderosos, para quienes el bien no existe sino cuando a ellos aprovecha, y es malo el bien de otros, para el cual siempre tienen un gesto adverso. Pero, además de ese talento, Pedrarias tenía la fuerza.

Había secuestrado todos los bienes de Vasco Núñez, y, cuando el fallo judicial le obligó a devolverlos, lo hizo sólo en parte: las casas que fueron de Vasco Núñez, esas no volverían a él.

Sobre razón descansaban, pues, las quejas del Adelantado, cuando decía al Rey: «después que allí (en La Antigua) vieron la carta que Vuestra Alteza escribió a su favor, no se le ha mostrado buena «voluntad...; ha sido muy maltra-

tado en la residencia que se le toma, y le han sentenciado en ciertas costas de dineros de que le han fecho mucho agravio, y la mayor parte dello ha sido por no le haber consentido letrado que por él respondiese en la residencia.... El Gobernador le tomó su solar, porque era mejor y tenía fechas unas casas en él. . . ., dos en la plaza, que sólo la una lereataba de alquileres trescientos pesos de oro, y agora la tiene el Gobernador alquilada en los dichos trescientos pesos de oro; por lo cual suplica a Vuestra Alteza le mande desagrarviar y que le vuelvan sus solares e casas, pues no ha fecho cosa porque se le deban quitar; e valen las dichas casas con su hacienda y los estima en más de tres mil pesos.—¡Por todo eso había recibido cuatrocientos pesos, en venta forzada, sin duda!

Dos elementos naturales, extraños y dolorosos, vinieron de súbito a obligar al Gobernador de Castilla del Oro a preocuparse más de la colonia que del Adelantado; fueron el hambre y las enfermedades.

Cuando Pedrarias llegó a Darién, la ciudad de La Antigua se componía, según Irving, de unas doscientas casas en conjunto hermosas aunque de paja, y era poblada por unos quinientos españoles y mil quinientos indios. «El pueblo, decía el Obispo Quevedo, estaba bien aderezado; la gente alegre y contenta; cada fiesta jugaban cañas, y todos estaban puestos en regocijo; tenían muy bien sembrada toda la tierra de maíz y de yuca; puercos hartos para comer al presente», etc.; todo lo cual, como ya se ha dicho, era fruto de los desvelos de Vasco Núñez, quien, más con la enseñanza de su ejemplo que con la gravedad de su mando, se había concretado a labrar la prosperidad de la población una vez que, descubierta el Mar del Sur y enviado Arbolancha a España, se creyó con derecho a esperar la palabra del Rey.

Pero Pedrarias no se había preocupado de esas labores. Con su llegada se había duplicado la población de La Anti-

gua, y los cultivos no dieron abasto luego que empezaron a escasear las provisiones traídas desde España: de éstas sólo una parte había llegado en buen estado, fuera de que, según Colmenares, no eran bastantes ni siquiera al salir de San Lúcar. Hubo entonces necesidad de disminuir las raciones; pero, si bien por ese medio se logró prolongar la duración de los alimentos, ésta llegó pronto a su límite máximo, y un hambre general invadió a la colonia.

Todos los españoles sufrían por parejo, pero nadie más que los donairosos caballeros que con Pedrarias vinieron a las Indias: hombres de salón, no resistían el trabajo necesario para procurarse oro y perlas en el interior del país, y, por hambre, se veían forzados a desempeñar oficios para ellos humillantes. Por otra parte, nadie daba nada a nadie, ya que eso hubiera sido conspirar contra sí mismo. Las yerbas y raíces proveían a la manutención de muchos; pero eso no bastaba: no pocos murieron de inanición y algunos en plena calle. Fueron setecientos los que así cayeron, y tal fué el temor de los restantes, que Pedrarias tuvo que permitir la salida de varios bergantines cargados de hombres famélicos.

Además de esa calamidad, los males de la salud habían contribuido no poco a ese éxodo desesperado; la humedad del suelo y el insoportable calor del sol al mismo tiempo, habían enfermado de modorra a gran parte de los expedicionarios de Pedrarias. Este mismo, como muchos otros españoles, hubo de huir de La Antigua en busca de parajes más saludables.

(Continuará).